

# EL MARXISMO

## ES UN HUMANISMO\*

Por Víctor FLORES OLEA

A PESAR DE LOS CIENTO y tantos años de discusión apasionada sobre el marxismo, no parece ocioso, aún ahora en que las llamadas cuestiones prácticas absorben el interés de nuestras vidas, volver a formularnos la pregunta: ¿qué es el marxismo? Naturalmente, no pretendo responder aquí, en una conferencia, cuestión tan debatida. El tema del marxismo, como lo abordaremos ahora, está centrado en unas cuantas ideas fundamentales sobre las que me propongo insistir, sobre todo, por dos razones principales: en primer lugar, porque las controversias actuales en torno del marxismo las olvidan con demasiada frecuencia; y en segundo, porque creo descubrir en ellas el elemento que le da permanencia y validez universal al pensamiento de Marx.

A mi modo de ver, es imposible comprender el marxismo en su verdadera significación y alcance, ni en tanto teoría ni en tanto práctica, ni como doctrina científica ni como doctrina revolucionaria, si perdemos de vista que la preocupación central de Marx, a lo largo de sus escritos, es el hombre; es decir, si no tenemos presente que la profunda unidad y coherencia del pensamiento de Marx se debe a una particular concepción del hombre —de lo que el hombre ha sido y de lo que el hombre quiere y debe ser. Me propongo mostrar a ustedes, en suma, que toda auténtica comprensión del marxismo ha de partir del hecho de que el marxismo es, ante todo y sobre todo, un *humanismo*. Y que la revolución radical que propone Marx no cobra su verdadero significado si no la entendemos como un movimiento emancipador hecho por el hombre y para el hombre, con el objeto de romper definitivamente las cadenas que él mismo se ha impuesto a lo largo de su historia.

Quisiera mostrar, además, que la *necesidad* de la revolución, tal como Marx la entendió, sigue siendo una *necesidad* en nuestros días, si bien, posiblemente, bajo distintas condiciones y con una mecánica particular adecuada al siglo xx. No queremos discutir aquí si la historia posterior a Marx ha modificado, o corregido, algunas de sus afirmaciones concretas; o si éstas o aquellas de sus proposiciones particulares siguen teniendo validez. Queremos saber, más bien, si la revolución proletaria, en nuestro tiempo, coincide todavía con las exigencias humanas del hombre moderno; si la liberación de las clases asalariadas se identifica aún, como Marx creyó verlo en su tiempo, con la necesidad de ser libre del hombre del siglo xx. En síntesis: me propongo exponer sumariamente las razones que tuvo Marx para desear el cambio revolucionario del mundo de la burguesía, y ver si esas mismas razones operan en la actualidad.

De paso, espero quedarán reducidas a sus justas proporciones todas esas "críticas" al marxismo que circulan como

moneda falsa, y que han sido acuñadas por quienes a sí mismos se llaman defensores de la más "sagrada tradición humanista" de Occidente. No es raro escuchar, por ejemplo, que el marxismo se propone destruir los valores de la cultura occidental; o que predica el sometimiento incondicional del individuo a la masa y al Estado, y que destruye la personalidad al erigir falsos dioses colectivos; o que aniquila al "espíritu" y exalta la "vulgar materia", etc. Se dirá que exhibo los argumentos más pedestres para allanarme el camino. Creo, sin embargo, que no es así. Cuando oímos decir, por ejemplo, que el marxismo es una interpretación "monista" de la historia, o que "aniquila fatalmente a la ciencia en nombre de la ciencia" porque destruye el "verdadero" conocimiento con una metafísica de la historia y de

la dialéctica, o que desconoce la importancia de la idea en el proceso de la historia, estamos viendo reaparecer, bajo un aparato teórico más complicado, los mismos argumentos.

Para Marx, como para la gran tradición de la filosofía humanista, el hombre es un ser esencialmente *extraviado*, al que le ha sido imposible descubrir su mundo interior y el mundo de los demás; el mundo de los otros hombres, la realidad de las cosas y de la naturaleza. Dentro de esta perspectiva, la historia de la humanidad aparece como la historia del divorcio entre el hombre y el hombre, entre el hombre y la naturaleza. La historia humana, paradójicamente, sería la historia de la *negación* del hombre. La libertad, el pleno desarrollo de sus facultades materiales y espirituales, la satisfacción de sus exigencias vitales, se le han escapado al hombre entre los dedos. ¿Cómo resolver este fenomenal problema? ¿A qué se debe esta singular y deplorable condición humana? La filosofía tradicional ha creído encontrar el origen de ese extravío en razones espirituales y subjetivas; Marx, en cambio, las encuentra en razones materiales y objetivas. El "espíritu" no es el verdadero obstáculo del hombre, afirma Marx; ni deben buscarse las razones de nuestra esclavitud en motivos interiores, sino más bien, en *esta* socie-



"Para Marx, el hombre es un ser esencialmente extraviado"

\* Conferencia pronunciada el día 10 de junio, en el Ateneo Español de México, dentro del ciclo *Temas del siglo xx*, organizado por la Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM.

dad, en *estas* relaciones humanas, tal como han existido y existen, en *esta* producción y en *esta* distribución de la riqueza, que han terminado por falsificar y negar nuestra verdadera naturaleza.

Marx, ciertamente, no fue el primero en denunciar el carácter inhumano de nuestra sociedad, de las leyes de la producción y de la esclavitud que implican el comercio y el dinero. Sin embargo, frente a *esto*, que es una *realidad*, ¿qué propone la filosofía tradicional? Que el hombre se encuentre con el hombre *espiritualmente*, que se modifique en lo interior para modificar su lugar en el mundo. Esta concepción, indudablemente, encierra una idea fatalista y pesimista de las posibilidades concretas del hombre. La realidad objetiva, el mundo de las cosas, es una realidad de granito, inmovible, contra la cual no podemos nada. Por tanto, el hombre debe renunciar a modificarla, y debe decidirse a encontrar la solución de sus problemas evadiéndola y superándola "interiormente". La "no resistencia al mal" de Tolstoi, o el bíblico "dad al César lo que es del César", representan ambas esta concepción pesimista del hombre frente a la realidad adversa del mundo exterior. Pero si el hombre es incapaz de modificar objetivamente la realidad, desde el punto, de vista espiritual, en cambio, es todopoderoso. De ahí que el verdadero humanismo y la verdadera salvación —nos dicen estos pensadores— pertenezcan al santo, al héroe, al filósofo; es decir, a los grandes espíritus, a aquellos capaces de "mover montañas con la fe" o de "llevar todo el mundo y toda la experiencia en su cerebro".

Para Marx, el hombre es un ser constantemente sometido a la acción del exterior. Activo, en la medida en que ha contribuido a crearlo; y pasivo, en tanto el mundo de las cosas se le impone inexorablemente. Pero al mismo tiempo, el hombre no se descubre sino en relación con la naturaleza y con la sociedad, y en el mismo acto de afirmarse como "dueño" de un mundo que, hasta ahora, lo ha negado. De ahí que no pueda lograr su liberación sino transformando real y objetivamente el mundo que lo niega. La pretendida "liberación" espiritual que proponen los santos y los filósofos, piensa Marx, es una ilusión y ficticia liberación, porque deja intacto al mundo, que es la causa verdadera de nuestra esclavitud. No, nos dice Marx, la emancipación del hombre no puede consistir en una mera protesta subjetiva, sino en la transformación real y concreta del mundo en que vivimos. Por eso, a la revolución espiritual Marx opone la revolución social; y en lugar de un humanismo abstracto y subjetivo, el humanismo marxista es un humanismo concreto y positivo; es decir, es un movimiento *real* de la historia que anula y supera el estado de cosas actual.

Pero veamos más de cerca nuestro problema. El verdadero fundamento de la crítica religiosa, nos dice Marx, es el siguiente: "el hombre hace la religión, no la religión al hombre"; y añade: "el hombre no es un ser abstracto, exterior al mundo real. El hombre, es el mundo del hombre, el Estado, la sociedad". En otras palabras, para Marx el hombre es el centro de la historia, el verdadero "autor y actor de su propio drama". El

error del pensamiento teológico y filosófico tradicional, consiste en haber creído que la historia humana no es otra cosa que la traducción terrestre de una instancia trascendental, lo mismo la llamemos Dios que Espíritu Absoluto. Pero estas ideas han falseado el verdadero proceso de la historia y son incapaces de explicarnos científicamente el mundo del hombre que es la sociedad y que es el Estado. "Las premisas de que partimos —nos dice el propio Marx— no tienen nada de arbitrario, no son ninguna clase de dogmas, sino premisas reales de las que sólo es posible hacer abstracción en la imaginación... y la primera premisa de toda la historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes." Pero estos individuos, en el curso de la historia, han ido transformando sus organizaciones políticas, económicas y sociales y, al cambiarlas, se han transformado ellos mismos y han transformado su pensamiento. ¿Cuál es entonces el factor decisivo de la dinámica histórica?, se pregunta. ¿A qué se debe que el hombre haya transformado continuamente sus formas de organización? Todas esas "revoluciones", responde, están condicionadas por las diversas maneras en que el hombre se ha procurado la satisfacción de sus necesidades; la historia de las sociedades —la historia del hombre social— debe buscarse, por consiguiente, en la historia del trabajo humano. Y es la historia del trabajo humano la que nos dará la clave de la historia del hombre, la única capaz de fundar válidamente la ciencia del hombre y la ciencia de la sociedad. Y esto, que a primera vista parece tan sencillo, había escapado por completo a la filosofía y a la historiografía, empeñadas en atribuir los cambios de la historia a los grandes actos políticos y a las acciones de los Estados, a las luchas religiosas y a las luchas teóricas en general, sin percatarse que por debajo de estas acciones y de estas luchas, el trabajo humano, con todas sus contradicciones y modalidades, calladamente, funge de verdadero partero de la historia.

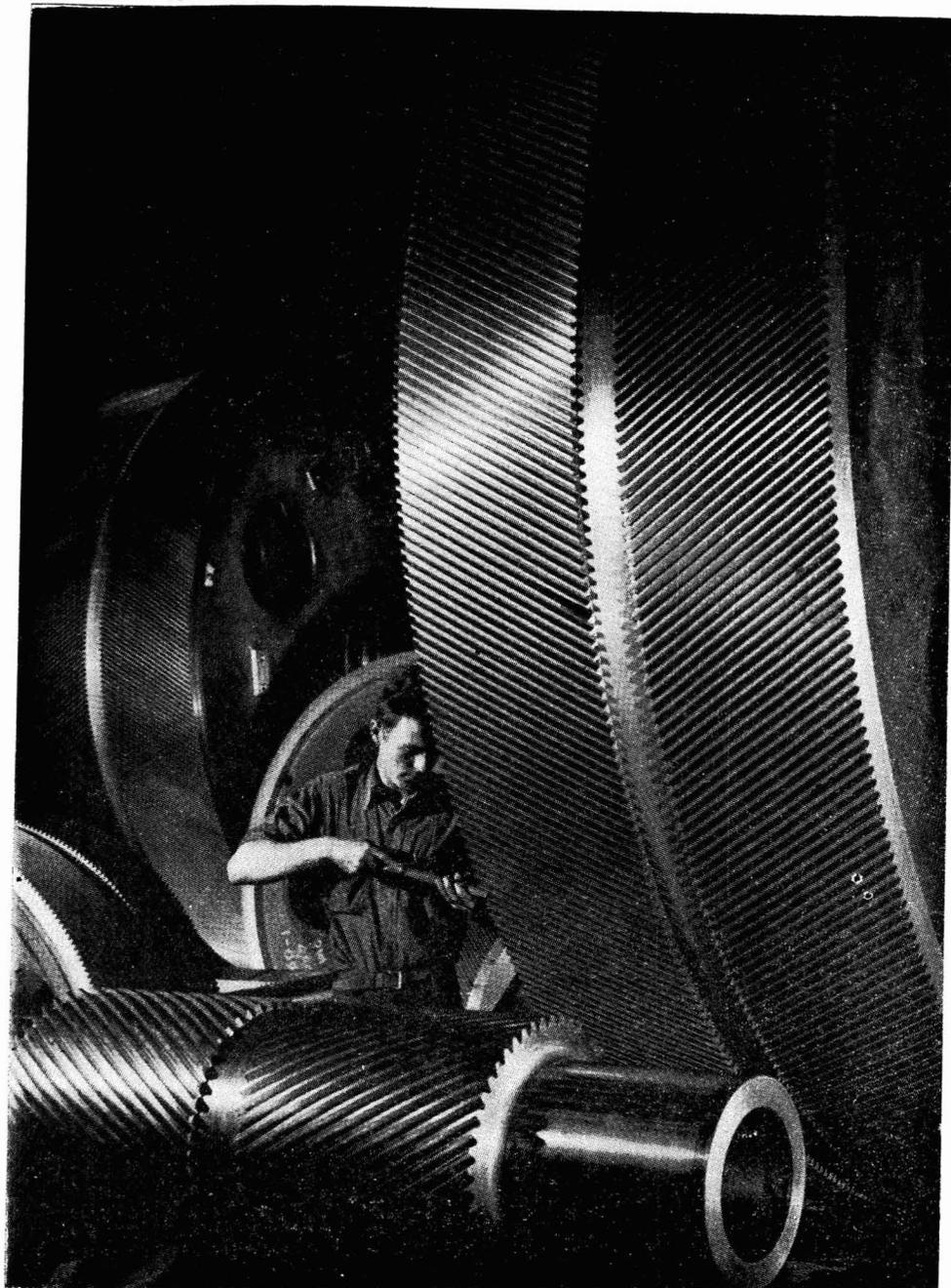
El *hacer* humano es el motor de la historia, y por arriba de él no se reconocen poderes metafísicos que lo determinan. ¿Por qué razón entonces considera Marx que el hombre es un ser extraviado y perdido, o empleando la terminología consagrada, un ser *enajenado*? Si por vez primera Marx reivindica al *hombre social* como *sujeto* de la historia, como creador de su propio destino ¿qué lo impulsa a decirnos que el hombre debe conquistar *revolucionariamente, prácticamente*, su totalidad humana perdida? O de otra manera: ¿en qué momento ha nacido ese abismo que separa al hombre de su propia naturaleza? ¿Y cómo ha nacido esa esclavitud de la que debe escapar?

Para Marx —y este es otro de los fundamentos de su humanismo—, el hombre se realiza plenamente en el ejercicio y desarrollo de sus facultades individuales. Y en primer lugar, *objetivándose* a través de su actividad, afirmando su esencia humana en los objetos que elabora. El hombre es un ser destinado a la creación, obligado a producir y a dejar su huella en los objetos que produce. Su verdadera universalidad radica en que es capaz de transformar la na-

turalidad entera, haciendo de esa transformación el medio mismo de su expresión vital. Pero el hombre sólo se realiza en el trabajo cuando descubre incorporado en él, sus fines y sus deseos, sus intenciones, su esencia convertida en objeto. El trabajo me afirma como hombre cuando *mi* trabajo, *mis* fines humanos, constituyen la materia misma del producto de *mi* trabajo. Ahora bien, nos dice Marx, si analizamos minuciosamente la producción dentro del sistema capitalista, nos encontramos con que los productos, las mercancías, en lugar de representar la afirmación *objetivada* de la esencia del hombre, se han convertido en algo ajeno y extraño; en "cosas" inertes y autónomas que no lo reflejan, y que son justamente lo contrario de sus deseos y de su voluntad. Los productos de mi trabajo se han erigido en una potencia que se levanta ante mí, y que lejos de confirmarme como hombre y de confirmar mis facultades humanas, me niegan y me destruyen. El hombre trabaja, pero no se reconoce en su trabajo. El hombre crea un mundo de objetos, pero ese mundo escapa a su dominio y se convierte en una divinidad autónoma que no obedece sino a sus propias leyes.

Y una nueva forma de enajenación. Al producir sus medios de vida, el hombre se produce a sí mismo y produce su historia. Pero resulta que el hombre no puede satisfacer sus necesidades como hombre aislado, sino que necesariamente debe hacerlo en unión de los otros hombres; así, la satisfacción de las necesidades individuales es, al mismo tiempo, la satisfacción de las necesidades del grupo. La historia humana está compuesta, más que por una simple adición de historias individuales, por la historia de las *sociedades*. Pero en la *sociedad*, la fuerza de producción de cada uno aparece como fuerza de producción multiplicada, como fuerza *social* de producción; es decir, como una fuerza independiente de cada individuo, "como un poder ajeno situado al margen de ellos, que no saben de donde procede ni a donde se dirige y que, por lo tanto, no pueden ya dominar, sino que recorre, por el contrario, una serie de fases y etapas de desarrollo peculiar e independiente de la voluntad y los actos de los hombres y que incluso dirige esta voluntad y estos actos" (Marx, *La ideología alemana*).

La historia del hombre registra un doble proceso de enajenación: la producción de *cosas* extrañas al hombre, y la producción de un *poder social*, de leyes objetivas que rigen las sociedades y que se han vuelto contra el ser humano para envilecerlo; que impulsan la historia de acuerdo con fines "extraños" al hombre en lugar de permitir que éste se reivindique y afirme como el verdadero creador y dueño de su destino. El análisis del modo de producción capitalista de Marx —esa fenomenología o fisiología de la sociedad burguesa—, se propone describir ese mecanismo objetivo que se ha impuesto al hombre. El cambio y la acumulación, el valor y la circulación de mercancías, la competencia y el dinero, es decir, todas las categorías económicas que utiliza, no interesan a Marx como puras categorías "científicas" o "mecánicas", sino como *situaciones humanas en presencia*. Por



"Marx reivindica al hombre social como sujeto de la historia"

eso, su economía política, más que una doctrina económica, es una concepción del hombre que se confirma en las relaciones sociales de producción. "La economía política, nos dice Marx, aparece como la toma de conciencia de una enajenación y de las condiciones que nos permitirán superarla. No es un puro análisis de mecanismos y equilibrios, sino un movimiento histórico determinado por la rebelión del hombre real contra el mundo falso que lo oprime." En otras palabras: lo que verdaderamente interesa a Marx es el sistema capitalista como medio "rarificado" en que vive el hombre; como reflejo de condiciones humanas concretas, y como posibilidad objetiva de transformar esas condiciones. El propósito último de Marx, no consiste tanto en la formulación de leyes empíricas, en el registro de *apariencias*, sino en descubrir, más allá de esas *apariencias*, las relaciones humanas reales ocultas bajo el tejido de las relaciones de producción. Por eso el marxismo, aun en aquel aspecto que pudiera parecer más técnico, se nos revela también como un *humanismo*, como una profunda preocupación por el hombre y por el destino del hombre.

¿Por qué razón, se pregunta Marx, el hombre vive esclavo y enajenado en este

mundo de la producción burguesa? En primer lugar, porque es expropiado del producto de su trabajo; el hombre, el trabajador, no *conserva* la riqueza que produce, sino que la pierde en favor de un extraño, de un tercero, en favor del propietario de los medios de producción. En lugar de que esta riqueza que elabora sirva para satisfacer las necesidades de la colectividad, pasa a formar parte de esa moderna divinidad que es el capital. De ahí que el trabajador viva la paradoja absurda de que, en tanto más produce riqueza, más fortalece ese mundo extraño y objetivo que está frente a él, y, correlativamente, más empobrece en lo personal. A la *valoración* del mundo de las cosas, decía Marx, corresponde la *desvaloración* del mundo de los hombres. Al mayor poderío del sistema, una mayor debilidad del individuo. "El trabajo produce maravillas para los ricos, pero pobreza para el obrero. Produce palacios, pero cuevas para el obrero. Produce belleza, pero deforma al obrero." Dentro del sistema capitalista el trabajador ha dejado de afirmarse como hombre en su trabajo. En lugar de desarrollar en él sus facultades individuales, las niega; en lugar de satisfacer sus exigencias espirituales, no puede sino satisfacer sus exigencias inme-

diatas, animales; en lugar de que el trabajo lo desarrolle y libere, lo encadena y esclaviza. Para el obrero moderno, nos dice Marx, el trabajo no es un trabajo voluntario, sino *forzado*.

Así, dentro del sistema capitalista, el trabajo enajenado y enajenante del obrero ha terminado por negar su esencia humana. Tanto el hombre como el animal, viven de la naturaleza y con la naturaleza. Ambos la reproducen y la transforman. Pero en tanto el animal construye nidos y habitaciones respondiendo a la fuerza del instinto y obligado por las exigencias naturales de la especie, el hombre es capaz de construir "conscientemente" y en vista de fines que son propiamente humanos, diferentes a los físicos. El animal sólo se reproduce a sí mismo como naturaleza; mientras que el hombre se reproduce verdaderamente cuando se reconoce espiritualmente en los objetos de su creación. El animal actúa por mandato *natural*, en tanto que el hombre crea *universalmente*, es decir, para el futuro, respondiendo a exigencias anímicas que no conoce el animal. Mientras la hormiga o los castores transforman la naturaleza para asimilarse físicamente a ella, el hombre es capaz, además, de transformarla para diferenciarse de ella, y de transformarla según las leyes de lo bello. El hombre se distingue profundamente del animal en que crea cultura. Pero el trabajo del hombre como trabajo *enajenado* lo envilece, porque dicho trabajo traiciona su libertad y sus aspiraciones, y únicamente traduce sus exigencias vitales más inmediatas.

La relación entre los hombres es sustituida por la relación entre las cosas. El mundo de los hombres es suplantado por un mundo inerte: el de las mercancías. Y ese falso mundo de la dinámica económica encuentra su expresión más acabada en el *dinero*, que es la *cosa* por excelencia, el vehículo universal del cambio en que están depositadas todas las propiedades de lo existente, el *fetiché* universal que resume las posibilidades del hombre. El dinero es la existencia del hombre bajo la forma de objeto. En este mundo, el dinero es el gran mediador entre la vida y la cosa, entre las necesidades humanas y el medio de satisfacerlas. El dinero es la liga única del hombre con el hombre, del hombre con la naturaleza y con los factores; pero entonces ¿no tiene también el poder de deshacer esas relaciones? ¿Y no se convierte, precisamente por su enorme poderío, en el medio general de la separación y el divorcio? El dinero permite comprarlo todo, aun los bienes más preciosos como el amor y la confianza; y sin embargo, en el momento en que somos todopoderosos por medio del dinero, nada podemos como hombres: "Considerad al hombre en tanto hombre y sus relaciones con el mundo como relaciones humanas —afirma Marx—, y no podréis cambiar sino amor por amor, confianza por confianza." El dinero es monstruoso por su poder universal e indeterminado de alcanzar todos los bienes, pero al mismo tiempo, por esta cualidad suya de impedir que nos expresemos como auténticos hombres en nuestras relaciones con el mundo. Lo que no puedo lograr poniendo en juego mis facultades individuales, lo consigo

mediante el dinero; por eso, el dinero constituye la máxima enajenación, el símbolo de esta sociedad que niega mis facultades y que las ha convertido en su contrario.

Si mi trabajo y los productos de mi trabajo no me pertenecen, quiere decir que pertenecen a "otro", a alguien que no soy yo; y ese "otro" tiene que ser el mismo ser humano. El obrero crea riqueza, pero la riqueza va a parar en manos del propietario; de esta manera, lo que para el obrero es negación, para el propietario es afirmación y ganancia. En la relación dialéctica entre el trabajo y el capital, entre el obrero y el propietario, entre negación y afirmación, radica la clave de las sucesivas enajenaciones que vivimos dentro de la sociedad burguesa; y la profunda necesidad humana que tenemos de liquidarlas para siempre. En una sociedad como la nuestra dividida en la clase de los propietarios y en la clase de los trabajadores, la necesidad de la emancipación se presenta bajo la forma política de la emancipación de los obreros, nos dice Marx, pero no como si se tratase de la emancipación de una sola clase, sino porque en la emancipación de la clase trabajadora está implícita la emancipa-

ción general de la sociedad. El socialismo, desde este punto de vista, es una exigencia política y económica porque ante todo es una exigencia humana. Al proponerse la supresión de la propiedad privada, es decir, la supresión del trabajo enajenado y del trabajo expropiado, el socialismo se presenta como un movimiento histórico que sale al encuentro de la verdadera esencia del hombre y que la recobra para el hombre. Una vez suprimidas las contradicciones entre el capital y el trabajo, quedará abierto el camino de la reintegración del hombre total, del hombre capaz de afirmarse en el desarrollo de todas sus facultades espirituales y naturales.

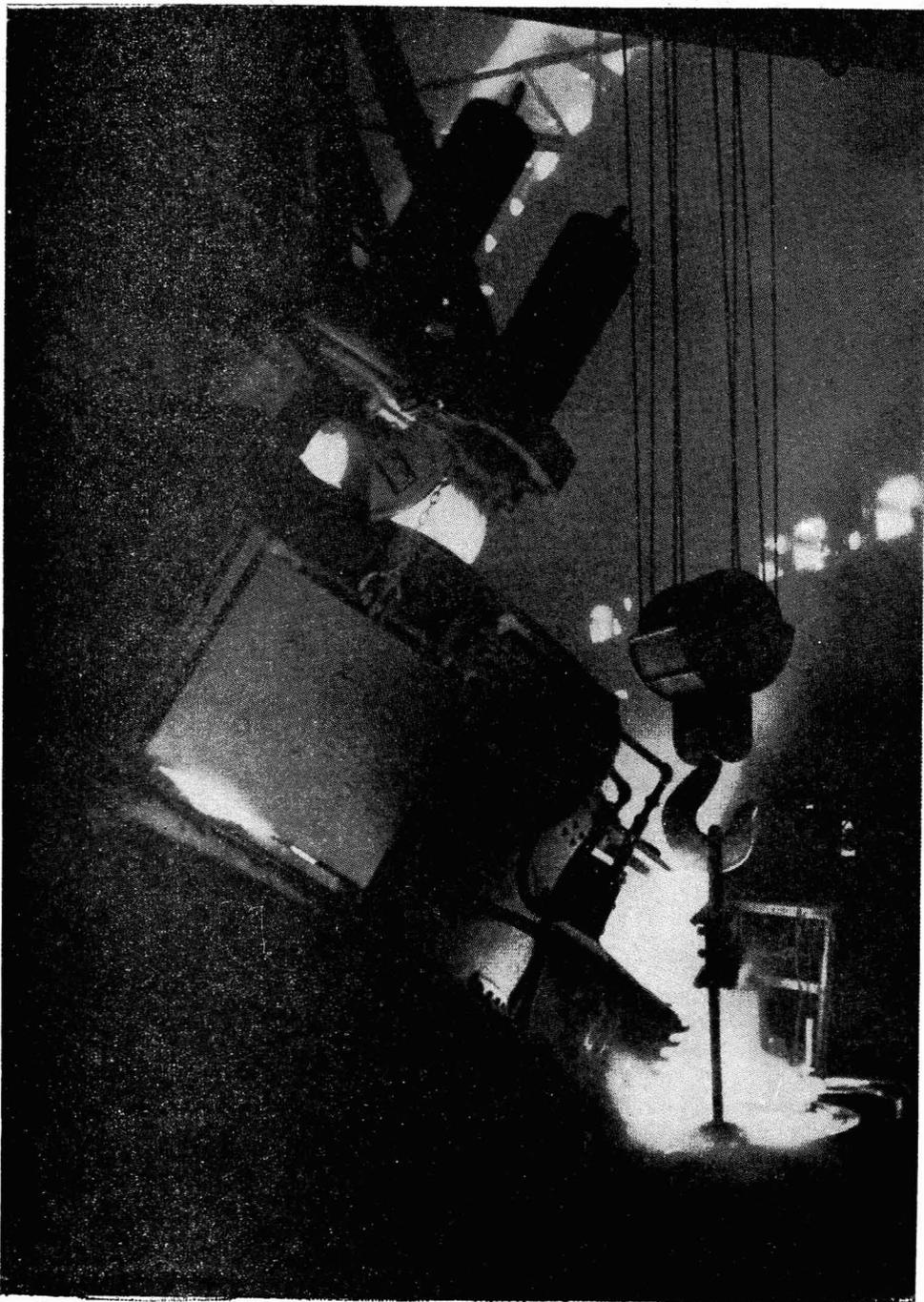
En un mundo en el que imperen auténticas relaciones humanas, nos dice Marx, "en mi producción objetivizo mi individualidad; y por tanto, durante mi actividad experimento el gozo de una manifestación individual de la vida, y en la contemplación del objeto, experimento la alegría individual de reconocer mi personalidad como poder objetivo... más allá de toda duda. Por otra parte, en tu goce... de mi producto tendré el goce directo tanto de haber satisfecho por mi trabajo una necesidad humana, cuanto de haber re-

creado a la naturaleza... En fin, sentiré la alegría de haber hecho posible, a través de la manifestación individual de mi vida, la manifestación de tu vida; y entonces, de haber realizado en mi actividad individual, mi verdadera naturaleza, mi naturaleza humana, mi ser social. Nuestros productos serán otros tantos espejos en los que se reflejará nuestro ser".

Pero hemos visto antes que esta situación perfecta de libertad no puede alcanzarse por conducto de una protesta individual y subjetiva. La propiedad privada, la producción capitalista, la circulación de mercancías y el dinero son fuerzas objetivas a las que hay que oponer otras fuerzas objetivas. Ahora bien, la misma sociedad burguesa se ha encargado de alumbrar esa fuerza —la clase de los trabajadores—, capaz de enfrentarse a ella de manera práctica y revolucionaria, capaz de transformar la sociedad. "La teoría se cambia en fuerza material apenas penetra en las masas", nos dice Marx. Pero la clase proletaria asumirá esta tarea revolucionaria cuando esté en condiciones de descubrir en el sistema en que vive, un proceso de evolución y superación que se identifica con su propio destino. Sólo la conciencia de clase permitirá al proletariado actuar como clase revolucionaria, es decir, la conciencia de su destino histórico, de su salvación, y la conciencia de que sus más profundas exigencias humanas se identifican con la supresión de la actual sociedad. En otras palabras: la existencia del proletariado como clase revolucionaria depende de la lucidez que tenga, no solamente de sus fines particulares, como clase particular, sino de que históricamente encarna a una clase universal; y de que su emancipación no sólo cambiará su propio destino, sino que objetivamente se traducirá en la emancipación de todas las otras clases, es decir, de toda la sociedad y de todo el hombre.

¿A qué se debe esta vocación del proletariado como clase universal? En primer lugar, al hecho de que, por principio, no puede reivindicar ningún derecho particular porque la sociedad no le ha hecho ninguna ofensa particular. El proletariado, en cuanto clase radicalmente desposeída, no representa, frente a los intereses del patrón y del Estado, ningún interés privado, sino solamente un interés humano; el proletariado, la clase esclavizada por excelencia, se presenta como clase universal porque es la única que ha tenido sufrimientos universales y porque frente a la burguesía representa la pérdida total del hombre, y no puede emanciparse sin recuperar, al mismo tiempo, el hombre total. "Cuando el proletariado anuncia la disolución del estado de cosas existente, nos dice Marx en una de sus obras de juventud, no hace sino anunciar el secreto de su propia existencia, porque él mismo constituye la disolución efectiva de este estado de cosas." (Marx, *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*.)

El sistema capitalista, para Marx, y en general todo proceso histórico, está regido por un conjunto de leyes objetivas que se han ido "acumulando" al margen de nuestra voluntad y de nuestra conciencia, y que actúan siguiendo



"los productos de mi trabajo no me pertenecen"

una lógica y una línea de inercia propia que contradice nuestros fines. Pero esta *necesidad* que rige la vida presente del mundo de la burguesía anuncia también, desde ahora, en sus múltiples contradicciones internas, el proceso de su descomposición y de su muerte. Y la más aguda de esas contradicciones es, sin duda, la lucha de clases. Esto significa que la sociedad burguesa, al mismo tiempo que es la expansión y el desarrollo del sistema, es, en potencia, su propia muerte. La clase proletaria, producto del capitalismo, está destinada tarde o temprano a liquidarlo.

El capitalismo, por consiguiente, aparece a primera vista como un sistema *fatalmente* condenado a desaparecer, en virtud de sus propias leyes objetivas. ¿Pero querrá decir esto que el hombre, el trabajador, debe sentarse cómodamente a la orilla de la historia para, desde ahí, presenciar el derrumbe del capitalismo y participar después en el botín? ¿Quiere decir que el socialismo es el punto de llegada *natural* y *necesario* del capitalismo, que un día se producirá independientemente de nosotros? No, responde Marx: el socialismo, como cualquier otra forma de organización humana, sólo puede resultar de un proceso *dialéctico*, no de un proceso *fatal*; porque sólo la voluntad humana puede *ejecutar* las tendencias generales de evolución que se hallan inscritas en la historia. Ésta, la historia, es un proceso general que ha de ser *actualizado* en cada momento por el hombre, por la *praxis*, por su acción revolucionaria. La evolución económica objetiva no puede sino crear la posición del proletariado dentro del proceso productivo, posición que en determinado momento pone en manos del mismo proletariado la posibilidad y la necesidad de transformar la sociedad. Pero de cualquier manera esa transformación debe producirse *revolucionariamente*, debe *impulsarse*, porque jamás se presentará "naturalmente", a pesar de lo que piensan ciertos fatalistas del socialismo.

En otras palabras: el hundimiento del sistema, al que empujan objetivamente sus propias leyes, no podrá realizarse sin la toma de conciencia del proletariado de las contradicciones de clase. Y mejor: si el proletariado no se convierte en la conciencia "activa" del proceso y es capaz de acelerar su transformación. La conciencia de clase, desde este punto de vista, tiene una doble función: percibir las contradicciones del capitalismo y la situación peculiar que le corresponde a la clase trabajadora, en primer término; y en segundo, convertir esa conciencia, de conciencia teórica a conciencia práctica. Sólo cumpliendo esta doble función el proletariado puede realizarse y comprobar históricamente la "verdad" de su destino. La importancia decisiva del concepto de unidad teoría-práctica, tanto desde el punto de vista metodológico como revolucionario, está expresado por Marx en la segunda de las tesis sobre Feuerbach: "La cuestión de saber si corresponde al pensamiento humano una verdad objetiva, no es una cuestión teórica, sino práctica... la discusión sobre la realidad de un pensamiento aislado de la práctica, es una cuestión puramente escolástica."



"La revolución, tal como Marx la entendió, sigue siendo una necesidad"

El obrero debe saber que su situación de asalariado y de expropiado dentro del sistema capitalista, no es un hecho *natural*, sino un hecho *social*. Y en consecuencia, que se trata de un hecho histórico susceptible de ser modificado, y no de una condición eterna e inmutable. Y sobre todo, que la necesidad de la revolución se confunde con su propia necesidad de libertad. A través de su conciencia de clase el proletario cae en la cuenta de que su vocación histórica, de que su destino como clase, consiste en resolver las contradicciones del mundo capitalista, y exorcizar para siempre el conjunto de fuerzas negativas que hasta ahora han obstaculizado nuestro desarrollo. Para Marx, en este sentido, la fuerza del proletariado no es solamente una fuerza mecánica capaz de destruir las injusticias del capitalismo, sino una fuerza moral, la verdadera moral de la historia moderna.

Dentro de la sociedad burguesa los propietarios y los obreros, por igual, representan *en sí* la misma enajenación del hombre. Sin embargo, la clase propietaria se siente a sus anchas en este mundo de enajenación porque se afirma en él y tiene la ilusión de dirigir los hilos de la historia; sabe que su poder radica precisamente en sostener esa enajenación y se ajusta a ella ocultando y ocultándose su propio ser falsificado. En cambio, la clase proletaria se siente y se sabe absolutamente aniquilada por la enajenación; y dentro de ella, sabe que no tiene ninguna posibilidad de afirmar, aun cuando sea como ilusión, su verdadera existencia humana. Para el capitalista existe un *desdoblamiento* de

la personalidad, un *desplazamiento* de funciones: por una parte, se considera el motor del tráfico mercantil, pero por el otro, no es sino un espectador impotente de ese tráfico. Y esa situación ambigua se presenta ante sus ojos bajo la máscara de la actividad, de la afirmación y del poderío. En esto consiste precisamente la conciencia falsa a que se refieren Marx y Engels. En cambio, el proletario, que vive la enajenación hasta el paroxismo, no tiene ni siquiera la ilusión de la actividad. Para el obrero, en suma, la enajenación capitalista no tiene otra cara que la de la esclavitud y la expropiación.

Por eso, el proletariado es la clase de la revolución y el socialismo su destino histórico y la posibilidad única de que se reivindique humanamente. Y sin embargo, ya lo hemos visto, el socialismo no puede realizarse como resultado de la pura acción de las leyes del capitalismo, ni de inesperadas agitaciones, sino que debe ser "querido" activamente por el proletariado. Para el obrero, salvarse significa querer entrar, ya, en posesión de las fuerzas productivas. En tanto que la clase capitalista realiza su destino por "la fuerza de las cosas", obedeciendo a las leyes del sistema, el obrero se yergue como el verdadero orfebre de su emancipación. En un primer momento, el proletariado apareció como el resultado "no deseado" del capitalismo, y ahora, se reivindica como el constructor consciente del socialismo. Antes, el obrero era el *objeto* inerte del capitalismo, ahora aparece como el *sujeto* del socialismo. Antes, el capital hablaba en su nombre; ahora, el obrero

“contará” su propia historia. En suma: el obrero, de mero producto pasivo de la historia, se afirma como el verdadero sujeto creador de la historia.

He presentado a ustedes, espero, algunas ideas fundamentales del pensamiento de Marx, que revelan hasta que punto está dominado por una preocupación humanista. Para Marx, hombre del siglo XIX, la historia del pasado es un gran fracaso que nos ha puesto en el camino de la salvación. Y hemos visto también de que manera, en Marx, la filosofía y la moral tradicionales se destruyen para renacer como fuerza histórica en manos del proletariado. Pero es legítimo preguntarnos ahora si las condiciones del siglo XX coinciden en general con las condiciones históricas del tiempo de Marx; y si la teoría marxista sigue siendo un *humanismo*, o simplemente conserva su valor como teoría política y económica capaz de proporcionar al hombre formas de organización más “avanzadas”, pero habiendo renunciado a solucionar de raíz el problema del hombre.

Es evidente que en los países más desarrollados las condiciones actuales de la clase trabajadora no tiene ese carácter de “escándalo” universal que tenían a los ojos de Marx en el siglo pasado. La economía imperialista de muchos de esos países, la presión de las organizaciones obreras, han conquistado para el trabajador condiciones de vida más o menos aceptables; la ley de la pauperización absoluta, por tanto, parece definitivamente frenada. Lo que nos hace pensar que en los países altamente industrializados la revolución se ha hecho problemática, o que, cuando menos, no manifiesta esa urgencia vital que tenía para el proletariado del siglo XIX. La revolución, por lo pronto, no parece estar a la vista como consecuencia de la catástrofe que necesariamente se producirá en los países capitalistas. Y a pesar de todo, el capitalismo moderno, exactamente como en la época de Marx, sigue dominado por una serie de enajenaciones que no han sido eliminadas por la acción de la prosperidad económica. En nuestro tiempo, igual que en la época de Marx, el trabajador, el hombre todo, está sometido a la máquina, al mercado, a los intereses y al capital. Porque es evidente que la máquina y la técnica, esas formidables victorias del hombre sobre la naturaleza, no se han puesto nunca, dentro del capitalismo, al servicio del hombre; sino que siguen estando al servicio de las ganancias de los propietarios de los medios de producción; la máquina y la técnica han robado sus secretos a la naturaleza, en cambio, su empleo capitalista pone al hombre bajo el yugo de las fuerzas naturales; en sí mismas, aumentan la riqueza del que produce, en cambio, su empleo capitalista le niega la riqueza al verdadero productor. En el sistema capitalista de nuestro tiempo, y a pesar de la prosperidad de ciertos países y de ciertas clases, subsisten enajenaciones que deben ser canceladas; la exigencia humana de superar esas enajenaciones, por tanto, y la necesidad humana de libertad, sigue siendo tan actual y urgente para nosotros como para las clases asalariadas del siglo XIX.

André Gorz, por ejemplo, piensa que en la actualidad es imposible “apelar” a la miseria creciente del proletariado para ganarlo a la causa de la revolución, porque la miseria ha dejado de existir como una tragedia en los países altamente desarrollados. El marxismo debe hablar a los trabajadores del *hombre total*, y no solamente, como tantas veces lo ha hecho, de sus necesidades más inmediatas. El marxismo, en este sentido, debe presentarse como una exigencia de libertad radical, y no solamente como la expresión práctica de una necesidad histórica. Pero esa exigencia de libertad, tan grande ahora como en el pasado, no puede fundarse en la creencia del desplome fatal y mecánico del capitalismo, sino, más que nunca, en la elección del hombre y en su capacidad ilimitada de creación histórica.

En nuestro tiempo, además, existe el tema fundamental de los países subdesarrollados, que también ahora, revolucionariamente, afirman su presencia en el mundo e intentan romper sus trabas seculares. La necesidad vital de la revolución se ha transferido de la clase obrera de los países industrializados, a los pueblos de los países subdesarrollados. En este sentido, la historia se ha encargado de ampliar los marcos históricos del pensamiento de Marx; lo que él pensó sobre todo a escala nacional y en función de una clase, ahora es aplicable a escala mundial y a las 2/3 partes de la población de la tierra. Pero si la revolución proletaria en los países burgueses consistía en la toma del poder por la clase obrera, la revolución anti-colonial y anti-imperialista de los países subdesarrollados parece consistir en la industrialización sobre bases nacionales e independientes. El triunfo sobre la enajenación en estos países, y su ascenso a la dignidad como pueblos y como hombres, consiste fundamentalmente en la fractura de los lazos imperialistas y colonialistas en que se ha fundado desde siempre su “no-ser-en-el-mundo”.

Para estos países, socialismo significa, ante todo y sobre todo, industrialización y reforma agraria, educación y aprovechamiento racional de los recursos naturales, en suma, planificación económica al servicio del hombre. Porque socialismo, no nos cansaremos de subrayarlo, además de economía es “otra cosa”, o debe ser “otra cosa”: emancipación humana. El hecho de que las preocupaciones de índole material absorban la mayor atención en los países subdesarrollados, no debiera asombrarnos; en un mundo de enajenaciones materiales la liberación del hombre se presenta necesariamente bajo la forma de la liberación económica. En otras palabras: para estos países, industrialización e independencia se identifican, por lo pronto, con emancipación humana y con dignidad.

No cabe duda que los hombres y los pueblos de esta mitad del siglo XX se enfrentan a un dilema histórico que deben resolver tarde o temprano: libertad de empresa o planificación socialista. Planteado de distinta manera, el dilema se presenta así: ¿debemos abandonar las

relaciones económicas —la relación de trabajo y la producción de riqueza, la circulación y el cambio— al juego objetivo e irracional del capital y de la presión de la riqueza? O, por el contrario, ¿debemos controlar racionalmente esas relaciones económicas para ponerlas al servicio del hombre? En vez de que los individuos obtengan riqueza sin desempeñar ningún trabajo actual ¿no sería más conveniente, desde el punto de vista de la persona humana, construir la sociedad de tal modo que cada individuo obtenga los bienes indispensables para satisfacer sus necesidades, y en cuya elaboración ha participado?

Este dilema —apenas hay quien lo dude— representa uno de los grandes temas de esta segunda mitad del siglo XX. Por eso, en estos minutos que he robado de su tiempo, he querido insistir sobre todo en el humanismo que está en la base de toda empresa socialista, y que es el único que puede darle sentido. Si un día el hombre ha de decidir definitivamente por el socialismo, no debe olvidar nunca que éste no se agota en la construcción de grandes industrias y de grandes centrales eléctricas, o en la producción del acero, o en la conquista del espacio, sino que consistiendo en todo eso, intenta, además, ponerlo al servicio del hombre. Estoy persuadido que si el socialismo es una empresa histórica llena de sentido y de actualidad, debe proponerse en todo momento el objetivo de rescatar al hombre total; y de rehacer las relaciones sociales y económicas y fincarlas de una vez por todas en la persona. Naturalmente, no quiero caer en la ingenuidad de afirmar que la historia humana se cierra con el socialismo; éste, para nosotros, es simplemente un horizonte actual y concreto, pero que no cancela, de ninguna manera, las posibilidades de creación histórica del hombre, que son infinitas.

Ahora, al terminar de redactar estas líneas me doy cuenta, no sin zozobra, que posiblemente revisten un carácter demasiado abstracto. Y me pregunto si no hubiese sido mejor, dentro del tema, referirme a algunos problemas del socialismo, tal como se presentan en la realidad política de nuestros días. Referirme, por ejemplo, a las grandes conquistas técnicas de la URSS y de otros países del campo socialista, y referirme al stalinismo y a Hungría, y pronunciar-me sobre ellos, y mencionar también a esa sociedad china que después de tres o cuatro mil años de estancamiento avanza ahora a pasos agigantados. Pero también me pregunto si los más altos ideales humanos no siguen perteneciendo, de alguna manera, a la esfera de la teoría, lo que nos autoriza y obliga a recordarlos cuantas veces sea posible. Y también me repito que, a pesar de todo, he insistido suficientemente en que la realización de esos fines humanos —ese humanismo concreto y positivo del marxismo al que me he venido refiriendo—, no pueden realizarse sino en la práctica, a través de la acción, a través de la *praxis* de toda la humanidad. Pero sobre esto que es nuestro futuro, el futuro de nuestro país y el futuro del mundo, sólo la historia nos dirá la última palabra.